El extraño caso del Pitogüé que quería saber
SATURNINO MUNIAGURRIA



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Nadie compra un arma para tenerla guardada. Podrá permanecer todo el tiempo que se quiera, herrumbrada en un rincón. Pero llega el momento en que uno la coge y hace uso de ella. Nada nos da mejor una idea de lo que es nuestro destino que estas tres cosas puestas en acción: un arma, un blanco y un proyectil. Cogemos el arma, la cargamos, apuntamos, apretamos el gatillo y la bala parte silbando. A veces damos en el blanco, pero la mayor parte de ellas erramos y la bala va a caer no sabemos donde. La ciencia de la vida no consiste en acertar siempre sino en errar el menor número de veces posible.

No hace mucho, con el propósito de emplearlo únicamente en el caso de extrema necesidad, adquirí un rifle. Era un arma pequeña pero de gran precisión. El médico que cuida de mi salud me indicó la conveniencia de cambiar de régimen alimenticio: reemplazar por la de aves la carne de vaca. En aquella época viajaba con alguna frecuencia al campo, y como los pollos y gallinas que allí podía conseguir eran flacos y raquíticos debido a que aquel año escaseaba el maíz, resolví reemplazarlos con *charatas*, aves bullangueras cuyo canto (o grito) recuerda el sonido de la matraca; con palomas torcazas y *yerutís*, éstas de carne ligeramente amarga debido a que se alimentan casi exclusivamente con semillas de naranja; y con patillas de rojas patas, pechuga afelpada y alas de un color azul intenso. Aunque mi puntería no es de las mejores, esperaba suplir tal deficiencia con la precisión del arma adquirida y proporcionarme así, mientras residiera en el campo, la alimentación que necesitaba.

Mientras tanto había llegado la primavera, promisoria como nunca.

"Llegó en alas de un sueño, tras tules de neblina. Sobre la espalda echado el manto de la lluvia. Entreabierta al deseo la boca purpurina, y al viento destrenzada la cabellera rubia[1]. La piel de las naranjas se iba poniendo cada vez más dorada y los granos de los racimos se transformaban de verdes en pintones. Las naranjas abundaban, pues rodeaba la casa una frondosa quinta de naranjos; no así las uvas, pues fuera de las producidas por un pequeño parral situado frente a mi ventana, no había que contar con otras. Preciso era por tanto defenderlas contra sus enemigos naturales —hormigas y pájaros—, tanto más cuanto que debía completar con frutas mi régimen alimenticio. Contra las hormigas poco había que hacer, pero podía reducirse el perjuicio, combatiendo a los pájaros. El más dañino entre éstos era el pitogüé —este nombre es onomatopéyico, pues reproduce el canto del ave—. Si se exceptúa *Juancho* Chiviro, no conozco otro pájaro más voraz; no picotea las uvas: se las traga enteras. Y sólo al oscurecer se aleja del parral que ha convertido en mesa de su festín. El primer medio de defensa que ideé, consistió en situar debajo del parral un muchacho armado de un arreador, que hacía restallar de tanto en tanto. Al principio las aves se alejaron, pero concluyeron por acostumbrarse. Cuando el muchacho esgrimía el látigo alzaban el vuelo, pero no bien lo dejaba regresaban y se ocultaban entre los pámpanos. Desde allí atisbaban, y apenas lo veían alejarse, asomando como ratas se acercaban a saltitos a los racimos y continuaban su obra destructora. Entonces mandé construir una jaula de alambre, lo suficientemente grande como para que pudiera permanecer en su interior un gato, e introduje en ella al micifuz, que con un par de perros que poseo, constituyen en el campo mi única distracción. A la jaula la suspendí del parral, lo más alto posible, para que los intrusos se dieran bien cuenta de la clase de vecindad que les proporcionaba. Es sabido que para el pájaro no existe enemigo peor que el gato. El resultado que obtuve fue inmediato. Los pájaros no pararon hasta llegar al monte; pero a la hora estuvieron de vuelta —el pitogüé a la cabeza— y algunos instantes después, más que nunca dedicados a engullirse las uvas: el gato había quedado dormido. Deambuló seguramente toda la noche, y ahora necesitaba descansar. Lo que denunció más antes su presencia a los pájaros fueron sus movimientos; ahora que estaba dormido, no lo veían; su color plomizo lo confundía fácilmente con el de la jaula dentro de la que se hallaba. Empleé entonces un tarro lleno de cascotes, que suspendí del parral valiéndome de un alambre, al que imprimía un movimiento de vaivén tirando de una piola que conducía a mi habitación y yo

[1] De mi libro *Poemas de tierra adentro.*

mismo manejaba. Pero ocurría que, o me quedaba dormido, o me distraía más de lo necesario, enfrascado en la lectura del libro o periódico, a que me había entregado, para hacer menos monótona mi tarea. Los pájaros volvían entonces a la carga. Cansado de aquella lucha estéril, reuní el mayor número posible de naranjas caídas, por exceso de fructificación, al pie de los árboles, y formando con ellas un montón, inicié, desde debajo del corredor, un serio bombardeo contra los intrusos, con resultado contraproducente, pues no conseguí voltear un solo pájaro, y dejé en cambio sembrado el suelo de racimos.

Me iba cargando de odios. Perdonaba al mainumbí (picaflor), que hundía su pico de aguja en los granos de uva y les sorbía el jugo —un par de ellos de menos en los racimos significaba poco—; perdonaba al azulejo, que sólo venía en la siesta y era fácil ahuyentarlo vigilando en esa hora; perdonaba al *siete colores*, cuyo plumaje variopinto lo hacía fácilmente lo calizable y lo convertía por tanto en blanco obligado de los tiros de honda del muchacho que montaba guardia; inclusive, perdonaba al Juancho Chiviro, porque el afán en que vive, de desimularse —siempre pegado a la tierra u oculto entre las ramas— me hablaba de su timidez, y los tímidos me inspiraron lástima siempre. Pero no perdonaba, ni perdonaría jamás al *pitogüé*, jefe indiscutido de la banda, audaz y fanfarrón, que embiste con violencia inusitada, arranca una uva del racimo, y va a comérsela en nuestras narices tranquilamente, parado en una rama. El *pitogüé:* el tiburón del mar azul del cielo. Los que frecuentaban el parral, no eran sino una pareja, pero engullían más uvas que las demás aves juntas. Como en alguien tenía que descargar mi irritación, un día cogí el arma, apunté a uno de ellos y disparé. La bala no dio en el blanco, porque en el momento preciso de apretar el gatillo, el pájaro había levantado el vuelo. Frío y astuto, dotado de una vista de lince, ya se trate de comerse una uva o de librarse de un peligro mortal no se apresura nunca, mas tampoco se retarda. Pero la inteligencia puede más que la astucia. Me escondí detrás de la ventana y desde allí disparé nuevamente. El pitogüé cayó fulminado. Lo cogí de una pata y lo arrojé bajo un naranjo. Aun conservaba en el pico la uva que había arrebatado. El compañero se alejó asustado, lanzó un grito estridente y volvió, posándose en un alambre extendido entre dos troncos, en el sitio en que su compañero yacía muerto. Sesgada la cabeza, indiferente al peligro que corría, lo contemplaba. Se dejaba estar allí un minuto, se iba, y volvía otra vez. ¿Sienten los pájaros? Juzgamos que no, porque no los vemos exteriorizar sus sentimientos. Pero olvidamos que carecen de los órganos adecuados para ello. Siendo su pico sólido y rígido, no pueden reír como nosotros, que disponemos de labios contráctiles, que podemos distender y contraer a voluntad. Quizás sus ojos se empañan alguna vez de lágrimas pero como son pequeñas no lo notamos. Pensemos que poseen la misma sangre y un corazón idéntico al nuestro. Pensemos que su canto es infinitamente más expresivo que cuanto podamos decir con palabras, y en que acaso el vuelo sea para ellos una forma que nosotros desconocemos, de expresar su alegría o su dolor.

Por un par de días el pitogüé sobreviviente continuó posándose en el alambre. Muy de tarde en tarde se alejaba, cogía al vuelo un alguacil o una mariposa y regresaba. Al parecer se había olvidado de las uvas.

Al tercer día se inició el proceso de descomposición del pitogüé muerto. Lo noté porque el gato se aproximó a él, lo oliscó y se alejó repugnado, mientras se pasaba una mano por el hocico. El gato, a diferencia del perro, se alimenta exclusivamente de carne fresca. Su relativa pequeñez, su paciencia y el mimetismo con que la naturaleza lo ha dotado, le permiten permanecer quieto largo rato sin que se note su presencia, a la espera de que la presa se le aproxime y pueda así atraparla. En esta forma siempre tiene a su alcance el alimento fresco, sin necesidad de recurrir a otros. El mal olor del pitogüé muerto se hizo tan fuerte, que desde bajo el corredor lo percibía. No pudiendo soportarlo, lo cogí de una pata y lo arrojé al pozo de basura. Ignoro si su compañero vio o no vio lo que hice. El caso fue que no tomó a posarse en el alambre. Ganó la copa de un naranjo, y desde allí emprendía vuelos de corta duración. Volvía, se ocultaba entre el follaje y asomando de pronto por un claro, se lanzaba de nuevo al espacio, cantaba mientras volaba, y tornaba después al punto de partida. Concluyó por ir a

posarse en lo alto de un *îbîrarirá*, cuya copa sobrepasaba en mucho a los demás árboles del parque. Y se puso una vez más a cantar; pero ahora no era canto, sino esa especie de *llamada*, común a varias especies —el cardenal, el zorzal, el cachilo, etc.—, con que esas aves se comunican entre sí. Hubiérase dicho que había elegido aquel lugar, porque su voz llegaría desde allí más lejos, aumentando la posibilidad de que la oyeran.

*

Un quehacer imprevisto me obligó a ausentarme por varios días. Regresé siendo ya casi de noche, por lo cual gané de inmediato mi habitación. Aún no había amanecido, cuando creí oír entre sueños unos golpes. Cuando me levanté pregunté al capataz si alguien anduvo clavando clavos esa mañana. La respuesta fue negativa. El día siguiente a la misma hora, pero ya despierto, volví a oír los mismos golpes. Deben ser los *carpinteros* —me dije— que abren agujeros en la pared para depositar allí sus huevos. Hice una revisación completa de aquélla, tan pronto como me hube levantado, pero no hallé señal alguna de agujeros. Dispuesto a salir de dudas me valí de mi despertador para que la hora de los golpes me hallara despierto el día siguiente. Lo cual ocurrió. No bien sonó el primero, abrí el postigo de la ventana y miré hacia afuera. Parado en el crucero de hierro de la reja estaba un pitogüé. De la posición en que se hallaba, deduje que los golpes eran aplicados en el vidrio, con el pico. Tan pronto como me vio, levantó el vuelo, y me dejó a solas con mis conjeturas. Cabían estas tres hipótesis:

1) El *pitogüé* vio que maté a su compañero y lo arrojé bajo el árbol. Al observar que no estaba más allí, pensó que así como hice lo primero, pude haberlo retirado de aquel sitio y tenerlo en mi poder. ¿Vendría a reclamármelo? 2) El pitogüé tenía por real la imagen que veía reproducida en el vidrio, juzgando que se trataba de su compañero ausente, y por sus propios medios trataba de libertarlo. 3) Se daba cuenta que lo que veía detrás del vidrio, carecía de realidad, que se trataba sólo de una representación —¡cuántas veces habría visto su imagen reproducida en el agua!—, pero gozaba contemplándola, porque creía ver al compañero desaparecido. Cabía además la formulación de la siguiente pregunta: ¿El *pitogüé* fue premeditadamente a la ventana, o fue obra de la casualidad? Es raro que un ave, porque sí, vaya a meterse en un corredor oscuro y posarse en un lugar en que era imposible que el instinto no le advirtiera que ese era un sitio peligroso.

No me interesaba averiguar cual de estas hipótesis era la que más se aproximaba a la verdad; pero me interesaba dormir en lo sucesivo tranquilamente. En vista de lo cual cogí unos periódicos y cubrí con ellos la parte de la reja en que el pitogüé acostumbraba posarse. Conseguí con ello librarme de los golpes, pero no de la presencia de aquel. Apenas caía la tarde, iba a bajarse en lo más alto del *îbîrarirá*, que como ya dije, era el más alto de los árboles del parque. Desde allí elevaba su canto, que repetía a intervalos. Convencido de que ya nada tenía que esperar de mí, ¿pediría al cielo le devolviera el compañero que yo le había arrebatado? O así como nosotros ahuyentamos con la embriaguez, nuestros dolores, ¿trataba él de conseguir lo mismo embriagándose de luz?

No pudiendo soportarlo por más tiempo, cogí el arma y lo maté.

Hasta ahora suelo formularme esta pregunta: ¿Lo maté, para que cesara de acusarme con su canto, o lo maté para librarlo de la pena que lo atormentaba?